

EL PADRE MARCOS



Marcos había decidido desde muy joven encaminar su vida hacia el sacerdocio. Dicha vocación comenzó a germinar en los años de escuela con los padres escolapios de Mataró, en concreto, en el Colegio de Santa Ana. Sin embargo, no llegó a entrar en la Orden, fundamentalmente, por la situación política tan adversa, que era de clara animadversión contra la iglesia y, sobre todo, contra las órdenes religiosas. Dicha coyuntura fue lo que hizo que Marcos dirigiera sus pasos al ministerio como sacerdote secular de su diócesis.

Desde su ordenación, 16 de marzo de 1839, le fueron encomendados diferentes ministerios pastorales. Entre ellos destaca la especial dedicación, muy sacrificada, que tuvo con religiosas: primero, con las de la Sagrada Familia de Burdeos, luego con las de la Inmaculada Concepción y, por fin, con las Filipenses, por él fundadas.

Además, sobresalió como director de Ejercicios Espirituales. De los que cabe destacar aquellos que mensualmente daba a señoras que se retiraban en sus propias casas para orar. También los Ejercicios de una semana que impartía, comenzando el lunes primero de cada mes y que duraban hasta el sábado siguiente. Esta tarea la comenzó el 4 de octubre de 1859, se vio interrumpida por la revolución de 1868, pero fue retomada a partir de 1874.

Marcos, como sacerdote, buscó siempre la vida oculta, es decir, el quedar en un segundo término. No ambicionaba los puestos de responsabilidad para lucimiento personal; aunque demostró sobradamente, cuando fue necesario e imprescindible, sus dotes de emprendedor y buen dirigente, además de su carácter firme y constante, hasta heroico, para llevar a cabo la obra a la que se sintió llamado por Dios. Para probarlo basta tan solo fijarse en cuál fue su comportamiento y cuáles fueron sus actitudes cuando tuvo puestos de responsabilidad, ya fuera en su Congregación de las Filipenses, como en las Religiosas Concepcionistas. Cuantos

le trataron coincidieron en testimoniar que era una persona muy sencilla y nada vanidosa; la bondad personificada, decían, incapaz de hacer mal a nadie.

Su labor apostólica fue formidable. Junto con su hermana Gertrudis logró renovar en gran medida la sociedad de su Mataró natal. Un lugar en el que la industrialización y el progreso estaban haciendo pagar un alto precio a las clases trabajadoras, incidiendo, sobre todo, en los niños, los jóvenes y las mujeres obreras. Marcos y Gertrudis, por ello, guiados por la luz de la fe se convirtieron en profetas de su tiempo. Y, como todos los profetas, fueron personas no gratas a las clases dirigentes; en su caso, a los industriales, responsables últimos de la situación de los trabajadores.

Los dos hermanos se empeñaron en formar a las jóvenes obreras, dándoles al mismo tiempo los rudimentos de la cultura y de la enseñanza cristiana. El impacto, el choque resultó ser muy fuerte, pues los fabricantes miraban de reojo y con preocupación a los Castañer, e intentaron de muchos modos silenciar su labor y procurar que fuera olvidada y que no fuera tenida en cuenta.

Aparte de la cruz que supuso la oposición de los industriales más influyentes de Mataró, Marcos vio cómo su obra apenas iniciada, se paralizaba como consecuencia de la Revolución de 1868. Nuestro Fundador no había podido dar todavía una estructura más concreta al Instituto que estaba fundando. Lo cual se agravó, en primer lugar, por el quebranto económico de haber gastado prácticamente todo su patrimonio intentando llevar a cabo la obra a la que Dios le llamaba, y que, por las razones que ya hemos comentado, no tuvo apenas apoyos en su Mataró natal. Tanto es así que Marcos y Gertrudis tomaron la decisión de ir a Barcelona y probar allí una mejor suerte, empezando desde cero. Y, en segundo lugar, la obra a la que Dios llamaba a los hermanos Castañer se vio aparentemente perjudicada desde el punto de vista humano, como consecuencia de la conmoción cerebral que Marcos sufrió entre los años 1875 a 1878. Algunos biógrafos de Marcos Castañer gustan de subrayar cómo también en esto el fundador se asemejó a Nuestro Señor Jesucristo, que vio truncada su vida cuando apenas había comenzado su misión pública. Aunque, como sabemos, en el trabajo dentro de la viña del Señor, no solo cuenta lo aparente, sino, sobre todo, la entrega sencilla y callada, lo que se hace en lo secreto y que solo nuestro Padre celestial conoce; por eso, solo Él lo puede recompensar.